

VIDA Y MARTIRIO DE SAN LORENZO

Limosna y  
Recompensa



H

omilia

PREDICADA

EN LA IGLESIA DE S. LORENZO DE  
MEJICO, EN LA OCTAVA DE LA FES-  
TIVIDAD DEL GLORIOSO MARTIR

por GABINO CHAVEZ, Pbro.

X4700

L67

h3

472



V



EX 4700

L 67

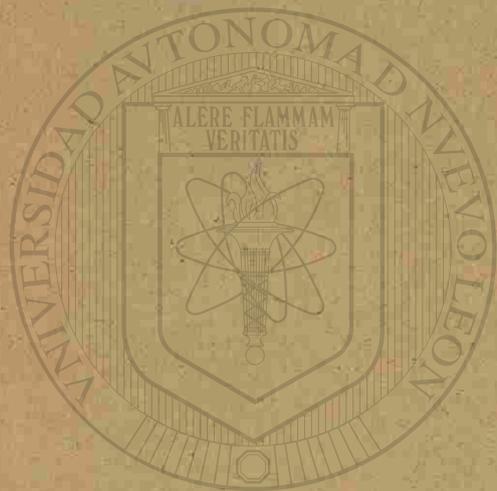
Ch 3

00372



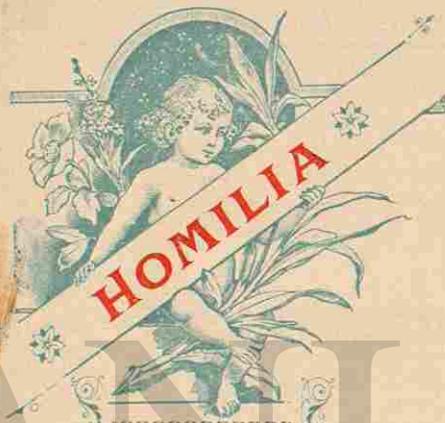


1080016591

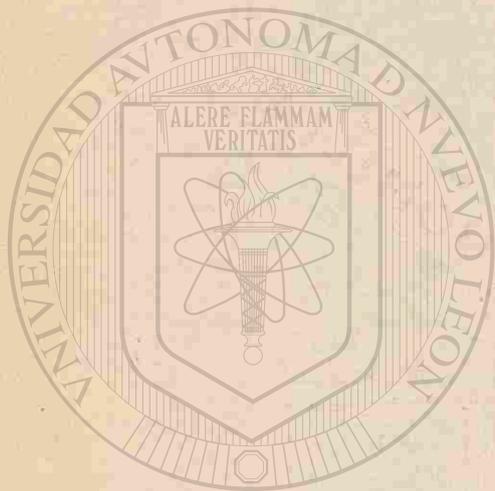


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*A mi amado y respetado Párroco  
A Sr. Pbro D. Antonio de P. Coria.  
G. Ch. Pbro.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RY4700

VIDA Y MARTIRIO DE SAN LORENZO



Limosna y

Recompensa

HOMILIA

PREDICADA EN LA IGLESIA DE SAN LORENZO  
DE MEJICO. EN LA OCTAVA DE LA FESTIVI-  
DAD DEL GLORIOSO MARTIR. POR \*\*\*

Gabino Chávez  
PRESBITERO



MEXICO

TALLERES DE LA CASA EDITORIAL *Cavilla Alfonsina*  
2a calle de San Lorenzo núm. 10  
1901 *Biblioteca Universitaria*

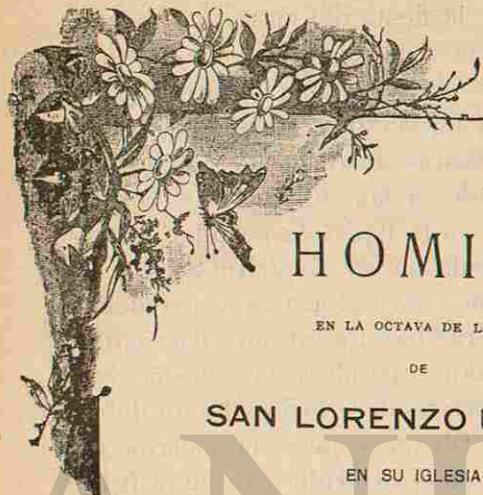
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez



39607



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



# HOMILIA

EN LA OCTAVA DE LA FIESTA

DE

## SAN LORENZO MARTIR

EN SU IGLESIA

*Potens est autem Deus omnem gratiam abundare facere in vobis: ut in omnibus semper omnem sufficientiam habentes, abundetis in omne opus bonum, sicut scriptum est: Dispersit dedit pauperibus: iustitia ejus manet in seculum saeculi. [ Cor. IX 9.]*

Mas, poderoso es Dios para hacer abundar en vosotros toda gracia, para que teniendo toda suficiencia, siempre y en todas las cosas, abundeis en toda obra buena, así como está escrito: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece en el siglo del siglo. (Segunda Epístola de San Pablo a los corintios, capítulo nueve y verso nueve.)

Notable es, hermanos míos, la insistencia que muestra la Iglesia en hacer resaltar estas palabras del Apóstol, en la

liturgia de la fiesta del mártir cuya octava celebramos; no contenta con hacerla recitar dos veces en una capitula (1) y con formar un verso y su respuesta (2) con las palabras de un salmo allí citadas, acabamos de oirlas de nuevo y por la cuarta vez en la Epístola poco ha cantada. Inspirada por el Espíritu Santo, la Iglesia nunca obra al acaso; y así debemos creer que hay un íntimo enlace entre el pasaje tan repetido y las enseñanzas que del martirio del glorioso levita debamos sacar. Veamos, pues, la doctrina de San Pablo en el capítulo del que la Iglesia ha tomado varias palabras. Comienza alabando á los corintios por la prontitud en disponer las limosnas que hacía un año tenían preparadas: les anuncia que irá en persona á recogerlas, y les suplica que no le hagan avergonzar de las alabanzas con que ha exaltado su fe y caridad ante los de Macedonia, y continúa hablando de la limosna con las siguientes expresiones que la Iglesia ha recogido en la presente liturgia: "*Fratres qui parce*

(1) *Capit. nonæ.*

(2) *Vers. post himn. laud.*

*seminat parce et metet;*" hermanos míos, el que poco siembra, poco recogerá; mas el que siembra en bendiciones, es decir, copiosa y abundantemente, en bendiciones recogerá, "*et qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet*" (1). Habla aquí la Iglesia, con el Apóstol, un lenguaje figurado, comparando á la limosna con la semilla que siembra el labrador, comparación muy propia, que los intérpretes han explicado hermosamente, (2) y para exhortar á que sea abundante,

(1) *2 Cor. IX, 6. capit. Tertie.*

(2) He aquí las analogías que un sabio y piadoso Cardenal descubre entre la semilla y la limosna:

1.<sup>a</sup> La semilla se oculta, y así debe esconderse la limosna.

2.<sup>a</sup> Como la una se procura echar en buena tierra, así la limosna debe darse con preferencia á los buenos.

3.<sup>a</sup> Como la semilla no crece sin la lluvia, así la limosna, si no la riegan lágrimas de compasión.

4.<sup>a</sup> Como la semilla se pierde, pero más tarde aparece multiplicada, así es la limosna.

5.<sup>a</sup> Como la semilla en un tiempo se siembra, y en otro se recoge, así la limosna, sembrada en el tiempo de la gracia, recógese en el tiempo de la gloria.

6.<sup>a</sup> Como la una, comprimida por el hielo, prome-

con discreción, primero nos advierte que como el que siembra, recoge á proporción de la semilla que esconde en la tierra, alzando más, cuanto más siembra, y siempre multiplicando el grano, así el que da limosna, más ó menos recoge conforme á la cantidad repartida, pero siempre multiplicando, y aun al céntuplo, como anunció el Salvador (1).

Luego pasa el Apóstol, y la Iglesia con él, á mostrarnos, después de la cantidad, las cualidades de la limosna: la primera es, que parta de un afecto interior y de una resolución íntima y ma-

te grande abundancia en su retardo, así la limosna, con la tribulación obtendrá frutos de eterna heredad.

7.<sup>a</sup> Como de la semilla vive su dueño en lo presente y vivirá en lo futuro, así de la limosna se obtiene fruto en esta vida y en la eterna.

8.<sup>a</sup> Como la semilla no cae en un solo punto, sino que se reparte, así la limosna debe repartirse. *Dispergit.*

9.<sup>a</sup> Como la semilla tiene tres impedimentos que Cristo señala: terreno pedregoso, orillas del camino, y las espinas, así la limosna se impide por la dureza del corazón, la vanagloria y el pecado propio. (*Hug. de S. Charo. hic.*)

(1) *Math. XIX. 29. Capit. Sexta.*

durada por la reflexión: "*Unusquisque prout destinavit in corde suo,*" de suerte que el afecto hacia el pobre, que salga del corazón, es el que debe dictar la limosna, y no los humanos respetos; y por eso añade: *non ex tristitia*, no con el fastidio y la amargura del avaro que se entristece cuando da; "*aut ex necessitate,*" tampoco se ha de dar como por fuerza, por compromiso ó por mera imitación de los otros; "*hilarem enim datorem diligit Deus*" (1). Dios ama, acepta y recompensa al que da de buena gana, con santa alegría, como quien gana al dar y nunca pierde, pues aunque los hombres aprovechen la limosna sin ver ni apreciar la intención, pero el Señor, dice Santo Tomás, como ve el corazón sólo recompensa las buenas obras cuando parten de recta y pura intención (2).

(1) *2 Cor. IX. 7.*

(2) *Apud Deum non sufficit quod solum operemur actum virtutis secundum speciem nisi etiam secundum debitum modum operetur, scilicet delectabiliter et cum gaudio. Et ideo, non datorem tantum, sed hilarem datorem diligit Deus, id est, approbat et remunerat, et non tristem et remurmurantem (D. Th. in. h. l. lect. I. in fin.)*

Finalmente, previniendo la perpetua objeción de la prudencia humana contra la limosna, ó sea el temor de la falta propia por subvenir á la indigencia ajena, dice el Apóstol: Nada temáis, porque poderoso es Dios para colmaros de toda gracia, interior y exterior, espiritual y aun temporal: "*Potens est autem Deus omnem gratiam abundare facere in vobis;*" de suerte que, lejos de faltaros lo necesario por la limosna, muy al contrario, hará el Señor que tengáis todo lo suficiente, y lo tengáis en todas las cosas, y lo disfrutéis en todos los tiempos: "*Ut in omnibus semper omnem sufficientiam habentes.*" Y esto, á fin de que podáis ejercitar la limosna y otras buenas obras, como las de misericordia: "*abundetis in omne opus bonum.*" Lo cual confirma el Apóstol con una palabra del Salmo ciento once que dice: Distribuyó, dió á los pobres, y su justicia permanece en el siglo del siglo; "*Sicut scriptum est: dispersit dedit pauperibus: justitia ejus manet in seculum seculi*" (1).

(1) 2. Cor. IX 9 et cap. Nonae.

Preciosa enseñanza, pensaréis, h., m., pero ¿qué relación puede tener con la fiesta del esforzado campeón cuya memoria hoy veneramos? . . .

Procuraremos penetrarla, implorando antes, devotamente, la intercesión de la Virgen poderosa, Reina de los mártires, y siempre inmaculada:

AVE MARÍA

Texto *ut supra*.

I

H. m.: Ocho años después de mediar el tercer siglo de la Iglesia, un joven levita de frente serena, de mirar de fuego y de modestísima apostura cruzaba á largos pasos por las calles de Roma como en busca de algo que le despertara el más vivo interés. ¿A dónde iba? ¿qué buscaba? Corría seguramente á la cárcel mamertina é iba en busca de un preso reciente con quien tenía que arreglar gravísimos asuntos. Por entonces gobernaba el imperio Valeriano; benigno y paciente, lejos de perseguir á los cristianos, pare-

cia aún estimarlos, y numerosos se encontraban hasta en su propio palacio. Pero Macrino, favorito perverso y rastrero, ambicionando el imperio, consultó sobre ello á los oráculos, y los demonios le prometieron elevarlo á los más altos puestos si se les entregaba por entero y les prometía exterminar la raza de los adoradores de Cristo; prometiéndolo, y como inmediato resultado, una ley fué promulgada por su influencia, condenando á la muerte á los jefes de los cristianos, obispos, sacerdotes y levitas. Desde luego el anciano Sixto II, el pontífice supremo, el sucesor de San Pedro y obispo de Roma, fué aprehendido y encarcelado. Y á él se dirigía el levita *Laurencio*, (á quien hoy llamamos Lorenzo) arquidiácono muy amado del Pontífice, y elevado por él á aquella dignidad que le hacía el primero de los siete diáconos, y encargado de la custodia de las alhajas de la Iglesia, y de la guarda y repartimiento de los fondos que se distribuían entre los pobres. Llegado, pues, á la presencia del Pontífice, dícele *Laurencio*: "Padre mío: cómo marcháis al sacrificio sin vuestro diácono, cuando hasta aquí

12 BX4700  
nunca habéis acostumbrado ofrecerlo sin él? ¿Me habéis acaso conocido cobarde ó infiel? Ponedme á la prueba y veréis si soy indigno del ministerio que me habéis confiado! No me dejéis abandonado y huérfano, que ni el hijo debe separarse de su padre, ni el diácono de su pontífice, ni la oveja de su pastor!" (1)—"No es que yo te deje, hijo mío, contesta el pontífice, ni te abandone, sino que te aguardan más fuertes combates; á nos, como anciano, ligera pelea se nos encomienda; á tí, joven, robusto y lleno de ardor, un triunfo más glorioso de los tiranos se te guarda. Por ahora, ve, que es preciso distribuir prontamente á los pobres los tesoros que guardas de la Iglesia; hazlo y ponte al martirio, pues pasados tres días habrás de seguirme."

Como el valiente guerrero al oír el toque del clarín se alegra, se apresura y se apronta ardoroso á la pelea, así *Lauren-*

(1) Rorbacher en su gran Historia de la Iglesia cuenta que San Lorenzo habló al Papa San Sixto cuando iba en camino para la prisión; pero otros autores refieren que corrió á hablarle á la prisión y así lo dan á entender los PP. como San Ambrosio.

cio, al oír la predicción del santo pontífice, no cabe en sí de gozo, y corre obediente á ejecutar la orden recibida de boca de su Jefe (1).

Habiendo puesto en manos de los simples fieles, (no emplazados por el edicto imperial) los vasos sagrados con los ornamentos de la Iglesia, reúne sin pérdida de tiempo los fondos destinados á las limosnas de los pobres, cuyos domicilios y escondrijos conoce á maravilla. Al caer de la tarde trepa con ligereza las pendientes del Monte-Celio, y llamando en la casa de Ciriaca, caritativa y santa viuda, que abrigaba bajo su techo no pocos sacerdotes y simples fieles.—La paz sea con vos, hermano *Laurencio*, ¡cuánto gozo es el veros! ¿qué os trae á esta pobre casa?—¿No lo sabéis ya? El edicto se ha publicado; la persecución más violenta se cierne sobre nuestras cabezas; nuestro santo Padre Sixto se halla en los calabozos de la cárcel mamertina, y temiendo que caigan los fondos de la Iglesia en po-

(1) Algunos creen que al caminar San Sixto ya al suplicio le dijo las últimas palabras. Hay alguna variedad en las diversas narraciones.

der de los enemigos de Cristo, me manda distribuirlos entre los pobres, en cuyas manos quedarán muy bien guardados. Pero miro aquí sacerdotes del Señor, quizá muy pronto víctimas del sacrificio: traed agua y los utensilios que sabéis, hermana mía..... Y *Laurencio*, arrodillado á los pies de los sacerdotes, á quienes profesa profundo respeto, imita el admirable ejemplo de Jesús antes de la Cena; y levantándose, fatigado, reparte limosnas á los pobres. Y aunque quieren detenerlo, parte al punto y caminando á la casa de Narciso, caritativo fiel que cobija en su albergue varios cristianos necesitados; allí vuelve *Laurencio* á repetir las santas larguezas, y vuelve la vista á *Crescenciano*, ciego hacía mucho tiempo. Marcha incansable á la casa de *Nepociano*, que oculta sesenta y tres creyentes, que son atendidos también y socorridos, y los exhorta á la paciencia y la constancia. Entretanto, la noche llega á su término; el diácono reparte aún algunas limosnas, y cuando todo ha concluído, corre á la cárcel mamertina; y no pudiendo obtener la entrada, aguarda en la puerta

la salida del pontífice que va á ser decapitado.

Y en efecto, h. m., cuando el santo anciano, radiante de gozo, se adelanta al lugar del suplicio, *Laurencio* le saluda, se arroja á sus pies, y derramando lágrimas, le dice: Padre, Padre, ya he colocado los tesoros que me hubisteis confiado; bien puedo ya hacer os compañía, y servir de ministro en el sangriento sacrificio que váis á consumir; San Sixto le consuela y le repite que dentro de poco alcanzará una insigne victoria.

Los soldados, que oyen hacer mención de tesoros, anuncian al emperador, quien, ávido de esos tesoros, como todos los perseguidores de la Iglesia, manda luego aprehender al levita y traerle á su presencia.—¿Quién sois vos? le interroga.—Me llamo *Laurencio*.—¿Vuestro origen? España, ciudad de Huesca, reino de Aragón.—¿Vuestros padres?—Mi padre, Oroncio; mi madre, Paciencia (1).—¿Pro-

(1) No era infrecuente el tomar las mujeres cristianas el nombre de alguna virtud. Así, había quien se llamase Caridad, Esperanza, Constancia, Fe; también adoptarían el nombre de Paciencia, virtud

fesión?—Soy y quiero ser siempre cristiano, funjo de diácono entre mis hermanos.

—Joven: sé que tenéis la custodia de inmensos tesoros; decís que sabéis dar al César lo que es del César: devolved, pues, esas monedas que llevan su efigie y son suyas, y contentaos con vuestros discursos, que os dejamos. En efecto, dice *Laurencio*, acabo de colocar preciosos tesoros, y los pondré á vuestra vista siempre que me déis el tiempo suficiente para reunirlos.—Tres días se os conceden; marchad y cumplid lo prometido (1).

Al plazo cumplido una numerosa turba de pobres, ciegos, leprosos, estropeados, algunos de los cuales daban voces lamentables, se presentaron ante el juez, á quien, mostrándolos *Laurencio*, dijo: Señor, he os obedecido, he aquí los tesoros de la Iglesia, y al mismo tiempo los que guardan sus riquezas.

que tanto se les recomendaba, especialmente en los tiempos de persecución. ®

(1) Croisset dice que se le concedió un solo día; Rorbacher dice que tres, lo que parece más conforme á las palabras de San Sixto: "*Post triduum me sequeris.*"

Los paganos no conocían la caridad ni aun de nombre, miraban á los pobres con inmenso horror é invencible repugnancia; así es que el juez no vió en aquella acción sino una burla sangrienta y en las palabras del diácono un insulto muy grave. *Laurencio* había realizado la primera parte del testimonio del salmo citado por San Pablo: "*Dispersit, dedit pauperibus.*" En recompensa su martirio, mostrándole justo, le acarrearía una gloria inmortal: "*justitia ejus manet in seculum seculi* (3).

## II.

Aherrojado en las prisiones, el confesor es llevado al tribunal el día siguiente; empero la prisión había sido teatro de maravillas; el ciego Lucilo, al contacto de la mano de *Laurencio*, halla otra vez la luz en sus ojos por mucho tiempo oscurecidos; Hipólito, de la guardia del emperador, á la vista de este prodigio, abre los ojos del alma á la luz de la fe y solicita la gracia del bautismo; Romano, sol-

(3) Psalm. CXI. 8.

dado del palacio, conmovido desde el interrogatorio anterior, acabará de creer al ver al mártir torturado en el ecúleo, y recibirá del mismo en la prisión las aguas de salud, y él é Hipólito sellan con su sangre la fe cristiana, que les reviste de indomable fortaleza; Romano mira un ángel de celestial belleza que enjuga el sudor de *Laurencio* en los tormentos; Hipólito contempla la gloria y la blancura de las almas de los cristianos martirizados.

Mas llega, h. m., el día de los combates; antes de los tormentos se emplean las amenazas, y antes de las amenazas los halagos y las promesas. Como á Jesucristo en la montaña, se promete á su ministro la gloria del mundo si se derriba á las plantas de Júpiter Capitolino; mas responde que los dioses son nada, y que adora al Criador del universo; que no teme los tormentos, y que la fortaleza con que ha de soportarlos será una prueba de la divinidad del Maestro á quien pertenece.

Y los tormentos se presentan á su vista en los instrumentos horribles de las

torturas: haces de varas duras y flexibles que despedazan cruelmente las espaldas; guijarros que quiebran los dientes con sus golpes; caballetes que suspenden el cuerpo en el aire tirando de pies y manos hasta hacer saltar, con indecibles dolores, todos los huesos de sus quicios; escorpiones ó azotes provistos de pesados plomos, sembrados de grupos de agudísimas puntas de hierro; una pesada parri-lla cuyos hierros enrojecidos mucho antes al fuego, espantan la vista y aterran con su calor (1).

Dan principio los azotes, que manos acostumbradas descargan causando sangrientas heridas; pero dejando sitio para nuevas torturas. A los azotes sigue el ecúleo: atados pies y manos á un movimiento de las ruedas que enrollan las cuerdas, el cuerpo se levanta; á un nuevo

(1) En el libro de Ruinart, *Actas de los mártires*, al fin de los volúmenes se ven en numerosas láminas los suplicios á que se sujetaba á los cristianos: causa horror sólo su aspecto; ¡qué sería su cruelísima aplicación! Los tibios cristianos de nuestros días deberían ver y admirar estos instrumentos, y admirar en ellos la heroica fortaleza de nuestros padres y antecesores en la fe.

impulso los huesos comienzan á crisparse; al tercero truenan todos y se arrancan de sus coyunturas produciendo inexplicables dolencias. Y el mártir no se queja, y Romano el soldado llora, y el juez, ante tal constancia, rabia y más se enfurece. Y ensaya un nuevo interrogatorio, que sólo sirve para hacer más resaltar el valor y la fortaleza del levita, cuyos miembros dislocados alargan el tamaño de su cuerpo torturado.

Y siguen los escorpiones!... y los agudos garfios, encorvados como garras de tigres, pasean sobre el pecho y el vientre del intrépido confesor, y van dejando profundos y sangrientos surcos, que en líneas rojizas se cruzan sobre sus blancas carnes!... El dolor es tremendo! Una nube de sangre pasa por los ojos del paciente, que cree llegado el instante de consumir el sacrificio, y hace de nuevo al Señor la oblación de su vida!... Pero no; la hora aún no ha llegado: una voz de los cielos descendida, lo alienta, lo consuela, y le anuncia que todavía le espera el gran combate; los circunstantes la escuchan; el juez también la percibe, y

atribúyela á la magia, y entonces un soldado ve á un ángel esplendente que enjuga la sangre que manaba de los surcos abiertos en la carne del atleta.

En tanto, a. h. m., el rostro de *Laurencio* resplandece de alegría, sus facciones se reaniman, confiesa de nuevo su fe ante el juez confundido, y á las palabras con que el mártir le echa en cara la indignidad de los ídolos, ardiendo en impotente rabia, manda golpear el rostro del paciente, y los guijarros, vibrados por la mano del verdugo, aplastan y desmenuzan los huesos de aquella boca que acaba de confesar tan valerosamente la fe del Salvador. . . .

Y el suplicio más terrible se apronta: la pesada parrilla aún resplandece con un brillo rojizo; por debajo se atizan brasas medio encendidas para que el fuego lento haga el suplicio más doloroso y dilatado: *Laurencio* es echado á aquel lecho horroroso; los hierros caldeados se introducen en las carnes desnudas; el humo se levanta y se extiende, llevando el olor de la carne asada al fuego. . . . (1). Ese olor

(1) Las operaciones que hacen hoy los cirujanos,

sube hasta el cielo suavísimo, como en otro tiempo el del sacrificio de Noé al salir del arca, y no es de extrañar que aun en la tierra, entonces mismo los neófitos, que asistían á aquel humano holocausto, hayan percibido un celestial aroma envuelto en el humo del sacrificio.

Las gotas líquidas que el fuego arrancaba, caían sobre las brasas convirtiéndose en humo, y medio apagándolas, y el mártir habla como en insultos á los verdugos, que acuden á avivarlas, cuando crujen los miembros desecados por el fuego: *Strinxerunt corporis membra posita super craticulam: ministrantibus prunas insultat Levita Christi (Resp. III. lect.)* El tirano, viendo que aún habla y con voz tan entera, pregunta todavía por los suspirados tesoros; y el mártir, en medio de

hacen salir por las ventanas, humo copioso, cargado de ese olor empirreumático, característico de la carne y de la grasa quemadas; y si esto produce el calórico aplicado á un solo órgano, puede imaginarse lo que sería el hierro candente, y junto con el fuego, aunque lento, pero largamente aplicado en todo el cuerpo; sólo la crueldad de fiera de los romanos podía soportar tales espectáculos, y aun encontrar en ellos sus delicias!

las torturas, contesta: Asada está la carne, puedes revolverla y comerla, que en cuanto á las riquezas de la Iglesia que aún buscas, las manos de los pobres hanlas ya transportado á los tesoros celestiales. *Assatum est jam, versa, et manduca: nam facultates Ecclesie, quas requiris in coelestibus thesaurus manus pauperum deportaverunt.* (Ana. in 2 Vesp.)

El sacrificio iba á consumarse; el mártir eleva más su espíritu al Señor, y viendo su carne humeante y sintiendo que el fuego le acaba la vida, exclama: "¡Dios mío, Señor mío! ahora que ya mi carne ha sido por vos consumida, mi alma vuela hacia Vos y á Vos se adhiere para siempre! ¡Gracias os doy, Señor; gracias os doy porque he merecido entrar por tus puertas!" (1).

Y mientras la carne sigue humeando en el hierro aún quemante, los ángeles presentan en el cielo el alma del mártir que acaba de dejar la tierra!

(1) *Adhesit anima mea post te, quia caro mea igne cremata est pro te Deus meus. Beatus Laurentius orabat dicens: Gratias tibi ago, Domine, quia januas tuas ingredi merui* (Aña. in laud.)

III

Mas no basta, m. a. h., ser espectadores del combate y aplaudir el gran triunfo, preciso es estudiar las lecciones que de allí saca la Iglesia: «*Dispersit dedit pauperibus: justitia ejus manet in sacculum seculi.*»

El que hace algún don que espera sacar ganancia, dice el Angélico Doctor, da prontamente, abundantemente y gustosamente (1); y esto denota la palabra «*esparcir*» *dispersit*; pues el que siembra con facilidad, con gozo y con abundancia esparce en el surco la semilla; y aun la lengua sagrada, como nota San Crisóstomo, más que repartir ó distribuir significa desperdiciar, hacer pedazos un objeto, para que se vea cómo la limosna ha de ser abundante hasta parecer un desperdicio á la prudencia humana, como pareció al Em<sup>o</sup>

(2) *Quicumque dat aliquid quod multiplicatur sibi, debet prompte, abundanter, et hilariter dare; sicut videmus quod homines abundanter et prompte et cum gaudio seminant semen, quia multiplicatum illud recolligunt.* (D. Th. ubi supr.)

perador las riquezas distribuídas á los pobres por San Lorenzo. Esto lo hizo prontamente, en dos ó tres días, copiosamente; pues nada reservó y lo dió todo alegremente, obedeciendo al Pontífice y al Evangelio.

Gozoso y meritorio en alto grado es dar á los pobres, *pauperibus*, dice San Juan Crisóstomo (1), y pecaminoso y triste es contribuir con recursos á los espectáculos teatrales y otros que corrompen á los pueblos.

Hoy se toca la trompeta de la fama al hacer ciertos donativos, y quien se desprende de algunos centenares de monedas, espera ver figurar su nombre en los diarios ó estampado con el título de bienhechor en el mármol de los templos. Nuestros padres se desposeían en un sólo día de su patrimonio, glorificando al Señor en su obediencia al Evangelio, y en la simplicidad de su fraternal comunicación, como dice San Pablo (2). El dar por ajena

(1) Homil. in. h. 1.

(2) *Glorificantes Deum in obedientia confessionis vestre in evangelium Christi, et simplicitate communicationis vestre in illos et in omnes.* (2. Cor. IX. 15).

mano y callando su nombre, cual lo practican aun algunos cristianos de viva fe que aun restan, es excelente modo de repartir la semilla de la caridad haciendo bendecir al Señor y recogiendo eficaces oraciones para sí, que atraerán celestes y aun terrestres bendiciones (1).

Sí, h. m., en nuestros tiempos de positivismo, es muy conveniente notarlo y aun demostrarlo: la limosna, lejos de amenguar los caudales, los aumenta; lejos de causar deficiencia en los intereses temporales, trae completa suficiencia, como lo pregona San Pablo: "*in omnibus semper, omnem sufficientiam habentes,*" y basta que el Angélico Doctor lo entienda aun de la suficiencia en los bienes terrestres para creer que toda la tradición católica lo asegura. Mas á esta abundan-

(1) *Et ideo dicit: (Apostolus) abundetis in omne opus bonum, id est abundantem affectum habeatis ad dandum eleemosynam... et tamen habeatis plenam sufficientiam bonorum exteriorum,* (D. Th. *ibid.* lect. II.) "*Qui autem administrat semen seminanti, et panem ad manducandum prestabit,*" quasi dicat: *Experti estis quia hoc ipsum quod datis in eleemosynas, habetis a Deo; et ideo debetis libenter dare amore Dei.* (Id. *ibid.*)

cia que trae la limosna, se opone y se ha de oponer siempre una objeción que parece invencible, porque parte de la aritmética y los números son invencibles. Si de una cantidad, por grande que sea, se quita otra, aunque sea muy pequeña, la primera se disminuye; y si aquélla se reparte ó se divide, la otra disminuye con más rapidez: la sustracción y la división disminuyen los números, así como la adición y la multiplicación los aumentan. Ahora bien, la limosna sustrae: *dedit pruperibus*, y también divide: *dispersit*; luego amengua las fortunas, aminora los caudales y mina los intereses. ¿Qué puede oponerse á esto?

Cristianos: la fe nos revela las leyes de la aritmética del cielo, á veces muy distintas de las de la tierra. He aquí una, dos veces proclamada en el Evangelio: "Al que tiene se le quitará" (1); á los hambrientos hinchó de bienes; á los ricos los despidió sin nada (2). He aquí un ejemplo social que tenemos á la vista cada día: el préstamo usurario: el que presta, sus-

(1) Math. XIII. 11. XXV. 29.

(2) Luc. I. 53.

trae de su caudal y disminuye; pero al recoger aumenta los intereses; pues escuchad: la limosna es una usura, no sólo lícita, sino santa y piadosa: "*Focneratur Domino qui miseretur pauperi*" (1). El que socorre al pobre, presta á usura al Señor, dice la Santa Escritura; y los Santos Doctores no se cansan de repetirlo, como el Crisóstomo y el Crisólogo. Y tras el ejemplo social, San Clemente Alejandrino (2) dice que la limosna es una fuente perenne que no se agota porque se tome de sus aguas; San Isidoro dice lo mismo, y añade, que al agotarse las fuentes "*uberius scaturiunt*" más abundantes brotan, "*altiusque quam primum exiliunt*," y arrojan sus aguas á mayor altura, (3) y estos dos con San Basilio emplean igualmente la comparación de los senos maternos, á los cuales, acude más el sustento cuanto mayor es la succión que el infante les aplica: "*sicut ad ubera quæ suguntur*"

(1) Prov. XIX. 17.

(2) *Largitio bonus sit fons: benignitatis et potum scientibus communicans, rursus angelur et repletur.* (Lib. 3. Pedag. cap. 1.)

(3) *Isid. Lib. 1. Epist. 466 ad Sciren.*

*vel mulgentur, solet lac copiosus accedere;*" y así del mismo modo, concluyen: "*divitiæ cum hauriuntur decrementum minime patiuntur*" las riquezas agotadas por la caridad de ningún modo se disminuyen ni se gastan. ¿Por qué no creer á estos piadosos Doctores que hablaban no sólo con ciencia, sino también por experiencia?

Nos falta, cristianos, la caridad en el corazón; si amamos al Señor, y en el Señor á nuestros hermanos, se podría decir de cada uno de nosotros como del glorioso mártir: "*Dispersit dedit pauperibus,*" y la recompensa sería en el siglo y del siglo, ó como explica un doctor, disfrutárase, desde el siglo presente y durante el futuro; "*justitia ejus manet in sæculum sæculi.*"

Oremos, por tanto, con la Iglesia, para que obteniendo el amor que abrasaba á San Lorenzo, podamos practicar la caridad de que nos dejó tan bello ejemplo. Sí, Señor! levantad en vuestra Iglesia el espíritu de fe, de caridad y de celo á que tu siervo fué siempre fiel, para que amando lo que el amó, ejercitemos las obras de caridad que con su ejemplo nos enseñó.

*Eccita Domine in Ecclesia tua Spiritum cui beatus Laurentius servivit: ut eodem nos repleti, studeamus amare quod amavit et opere exercere quod docuit. Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum qui tecum vivit et regnat in unitate ejusdem Spiritus Sancti, Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

00